



El Dios vivo es fiel a sus promesas, misericordioso y clemente, a pesar de los olvidos de los hombres

Aunque la inteligencia humana es capaz de alcanzar a Dios por sus solas fuerzas, tal conocimiento es lejano e impersonal: el *Primer Motor* de **Aristóteles**, o la *Idea de Bien* de **Platón** o el *Uno* de **Plotino** nos dejan fríos y distantes. Pero Dios quiso acercarse a los hombres y establecer con ellos una relación *personal*. “A su pueblo Israel, Dios se reveló dándole a conocer su Nombre. El nombre expresa la esencia, la identidad de la persona y el sentido de su vida. Dios tiene un nombre. No es una fuerza anónima. Comunicar su nombre es darse a conocer a los otros. Es, en cierta manera, comunicarse a sí mismo haciéndose accesible, capaz de ser más íntimamente conocido y de ser invocado personalmente” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 203).

Progresivamente Dios se fue autorrevelando a su pueblo, y lo hizo especialmente a **Moisés**, cuando le habló desde una zarza que ardía sin consumirse, diciéndole: “Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de **Abraham**, el Dios de **Isaac** y el Dios de **Jacob**” (*Exodo* 3, 6). Es el mismo que había llamado y guiado a los patriarcas, que se compadece de los suyos y viene en su ayuda. “Moisés dijo a Dios: «Si voy a los

hijos de Israel y les digo ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’; cuando me pregunten: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?». Dijo Dios a Moisés: «Yo soy el que soy». Y añadió: «Así dirás a los hijos de Israel: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros... Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación»” (*Exodo 3, 13-15*).

Dios reveló así su nombre misterioso de YHWH: «Yo soy el que es» o «Yo soy el que soy» o también «Yo soy el que Yo soy». “Este nombre divino es misterioso como Dios es Misterio. Es a la vez un Nombre revelado y como la resistencia a tomar un nombre propio, y por esto mismo expresa mejor a Dios como lo que El es, infinitamente por encima de todo lo que podemos comprender o decir: es el “Dios escondido” (*Isaías 45, 15*), su nombre es inefable (cf. *Jueces 13, 18*), y es el Dios que se acerca a los hombres” (*Catecismo...*, n. 206). Sobrecogido por el misterio de Dios, Moisés ante la zarza ardiente se quita las sandalias y se cubre el rostro (cf. *Exodo 3, 5-6*); pero es una presencia alentadora que vale para siempre, para el pasado (“Yo soy el Dios de tus padres”) y para el futuro (“Yo estaré contigo”: *Exodo 3, 12*).

El Dios vivo es fiel a sus promesas, misericordioso y clemente, a pesar de los olvidos de los hombres. “El Nombre divino «Yo soy» o «El es» expresa la fidelidad de Dios que, a pesar de la infidelidad del pecado de los hombres y del castigo que merece, «mantiene su amor por mil generaciones» (*Exodo 34, 7*). Dios revela que es «rico en misericordia» (*Efesios 2, 4*) llegando hasta dar su propio Hijo. Jesús, dando su vida para librarnos del pecado, revelará que Él mismo lleva el Nombre divino: «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy» (*Juan 8, 28*)” (*Catecismo...*, n. 211).

A lo largo de los siglos, la fe de Israel se fue enriqueciendo con la comprensión del Nombre divino: el Dios vivo no cambia y es siempre solícito. “Dios es único; fuera de Él no hay dioses” (*Isaías 44, 6*). Dios trasciende el mundo y la historia. Él es quien ha hecho el cielo y la tierra: «Ellos perecen, mas tú quedas, todos ellos como la ropa se desgastan... pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años» (*Salmo 102, 27-28*). En El «no hay cambios ni sombras de rotaciones» (*Santiago 1, 17*). El es «El que es», desde siempre y para siempre y por eso permanece siempre fiel a sí mismo y a sus promesas” (*Catecismo...*, n. 212).

Además el Dios vivo nos ha revelado quién es El, en sí mismo: “Dios es la plenitud del Ser y de toda perfección, sin origen y sin fin. Mientras todas las criaturas han recibido de El todo su ser y su poseer. El solo es su ser mismo y es por sí mismo todo lo que es” (*Catecismo...*, n. 213).

El Dios vivo

Publicado: Lunes, 04 Mayo 2020 01:16

Escrito por Rafael María de Balbín

Rafael María de Balbín